

Otra vez

Leonel Fuentes Avila

Otra vez

Once cuentos escritos entre los años 2002 y 2017

Leonel Fuentes Avila

Otra vez

Índice:

	Página
Resaca	1
Miss San Marcos	8
Pensando	25
Neuralgia del trigémino	29
Jean Paul S.	37
Bahía Gris	44
Historias de fantasmas	59
Otra vez	65
La paz mundial	71
Cartas a Nicole	79
Con el agua al cuello	124

RESACA

Nunca jamás volveré a tomar; sé que es algo que todo aquel que ha tomado en exceso alguna vez ha dicho o pensado, pero esta vez sí tengo el firme propósito de cumplir; no recuerdo haberme sentido tan mal, tan espantosamente mal física y mentalmente en mis treinta y tres años de vida; estoy con la “noica”, tengo miedo, no sé de qué; me siento débil, tengo escalofríos, la sed me mata, casi no reconozco mi casa, la siento extraña, las paredes parecen ser de otro color, y no sé si es la mala memoria o la percepción distorsionada (¿esclarecida no será?), pero la veo envejecida, maltratada, descuidada. Muchas cosas son extrañas hoy; son las 3:08 a.m., hora temida para despertar con resaca, no hay nada que hacer, ni energías para leer, ni ganas de mirar TV, no se puede hacer llamadas telefónicas sin riesgo de que te corten y te envíen al carajo, además del siempre latente peligro de perder la amistad y maltratar la imagen propia, asuntos que por lo general me importan un pedo, pero otra cosa es estar con resaca, y sobre todo si es una de dos o tres días seguidos de bebida.

No recuerdo bien el motivo de la celebración; ah, si, ahora me viene a la mente, fue cumpleaños de mi hermano mayor, en casa a los cumpleaños no les llamamos así, los amigos los bautizaron como “fiestas patronales”, entonces sería más propio decir que mi hermano mayor tuvo sus “fiestas patronales”, intento recordar la reunión en sus inicios, me es muy difícil, la siento tan lejana en el tiempo que parece imposible hubiese ocurrido hace unos días, pero ¿cuántos días?, miro

un calendario, no lo entiendo, ¿de qué sirve un calendario cuando no sabes la fecha ni el día?; por los antecedentes de este tipo de cosas creo que fue una de esas borracheras de tres días; aunque algunas cosas no terminan de aclarármeme, por ejemplo, ¿están todos tan silenciosamente dormidos en sus habitaciones?, por la hora es lo más lógico, pero siento un extraño vacío, no sé a partir de qué indicios.

Me sentí tan extraño al despertar, tan irreconocible ante mí mismo, que a los pocos segundos me vino a la mente la ocasión aquella en que al abrir los ojos sentí perdida mi identidad, no era la duda acerca de quién era, sino de qué era; supongo que esta duda no habrá durado más de un segundo, el más extraño que he vivido; no sentía miedo, ni angustia, simplemente no sabía qué era yo, y ese vacío de identidad me generó una sensación de inimputabilidad, casi libertad total; duró un segundo o menos, como ya dije, así que incluso esto que recuerdo podría estar falseado por mi mala costumbre de analizar y racionalizar todo.

Sin embargo la angustia de hoy me parece tan real, y aunque post-influjo alcohólico siempre me he sentido así, hoy parece ser la más real de las que recuerdo. Hago esfuerzos heroicos por recordar, ¿qué pasó en estos tres días que me angustia tanto?, definitivamente no maté a alguien, habría sangre, cadáver, rejas y policías, así que no es eso, ¿sería una pelea?, no eso no me angustiaría; al contrario, ¿discutí con alguien cercano y querido?, no recuerdo; tomo un vaso de refresco, me mojo la cabeza, las llaves de la ducha funcionan muy mal, es difícil cerrarlas ¿tan deteriorada está esta casa?, ¿por qué recién lo percibo?. El agua fría me aclara un poco, voy recordando, terminé una relación con la muchacha que hasta ayer (¿antes de ayer sería?) fue mi pareja, fue un final trágico, sin gritos, llantos, peleas o ruegos fue un adiós más bien tibio, resignado, gris, y eso es lo trágico, ni siquiera hay una historia que contar, como la tragedia de la vida, el eje de ella es la carencia de hechos que generen situaciones emotivas, ¿por eso

tomamos tanto?, supongo que sí, por lo menos para los peruanos el trago es la vía para lograr emociones; aunque en ocasiones, como hoy, estas nos traicionan, y nos obligan a deshacer lo que hicimos con la mayor frialdad y según nosotros (nosotros los borrachos) con una coherencia a prueba de balas.

Es eso, terminé mi relación con la única persona que lograba brindarme paz, la terminé para ... ¿para qué?, estoy tan alcoholizado que no puedo recordarlo, o no puedo esquematizarlo y expresarlo; la angustia sigue creciendo, se acabó el refresco, no hay nada que tomar, no hay nada que leer, o si hay pero no quiero, no quiero leer, ni escuchar música, ni mirar TV, ... ¿qué hace acá este aparato de veintinueve pulgadas?, ¿quién lo trajo?, ¿sería uno de esos viejitos que se quedaron hasta el final?, ¿quiénes eran?, ¿por qué tanto viejo?, esto está trágico, no entiendo nada, no quiero entender, trataré de dormir.

No puedo, siento mariposas en el estómago, tengo ganas de llorar, pero no puedo, ¿qué hice?, ¿por qué lo hice?, ¡¡soy un imbécil!!; ¿cómo pude terminar así tan ligeramente este asunto?, ah no, pero esto no se queda así, ya son las 4:33, en tres horas ya puedo coger el teléfono o ir a buscarla, no deben haber transcurrido más de cuarenta y ocho horas, supongo que las cosas aún pueden resolverse, le puedo echar la culpa al trago, puedo decir que no recuerdo qué pasó, lo cual es más o menos cierto, en realidad no recuerdo detalles, solo el hecho central. Este par de horas va a ser interminable, ¡¡dale cuerda carajo al reloj!!, ¡¡necesitamos que amanezca!!. Seguramente viene alguien a ponerme silencio, qué tales horas de ponerse a gritar como un cojudo, no sé qué hacer para que pasen las horas, ¡¡que horrible!!, ¡¡jamás vuelvo a tomar!!. Me recuesto en el sofá de la sala, me punzan la espalda sus resortes salidos, ¿tanto maltrataron los muebles en tres días?, sigo sin entender nada, pero no me importa, que se vayan al carajo los muebles, las paredes, la suciedad, las botellas vacías, y también las

llenas. El tiempo de mierda no avanza, ¿cómo es que casi siempre siento que no me alcanza?, ¿cómo es que hoy me sobra tanto?, ¡¡regalo tiempo!!, ¡¡me sobran un par de horas!!; sigo gritando como un necio, el reloj es el culpable.

Ya sé qué hacer; voy a imaginar la conversación con la que trataremos de rehacer la relación, voy a prever todas las posibles variantes, no debe quedar un resquicio para la duda o la incertidumbre, debo tener todas las respuestas preparadas, vamos a ver:

Primer caso: No me contesta el teléfono; manda a decir que no está o que no quiere hablar conmigo. Entonces, si aún insistiendo no me atiende, sin ponerla sobre aviso voy a su casa, si es necesario ingreso a la fuerza para hacerme escuchar, y si de veras no está, me siento a esperar, en algún momento regresará.

Segundo caso: Me tira el teléfono, o me impide hablar: Misma táctica que en el primer caso.

Tercer caso: Arguye que lo nuestro no tiene futuro. Le prometo cualquier cosa, le juro lo que quiera, lo importante es volver con ella; estoy con una ansiedad tal que no me soporto ni a mí mismo; no se puede vivir así, o si se puede va a ser bien feo; no quiero.

Cuarto caso: Me dice que nos demos un tiempo. Le doy dos horas. Si me pide más tiempo, espero en la puerta de su casa. No aceptaré negativas

Quinto caso: No desea regresar; su posición es irreductible: La mato.

Son las 5:30, intento serenarme, creo que es imposible, permanezco en un estado de exaltación semejante a cuando desperté. Hacía mucho tiempo no me sentía así, es extraño estar siempre aburrido por la carencia de emociones, haber vivido los últimos años buscando emociones fuertes en actividades de todo tipo, y amanecer un día, uno

que creía iba a ser uno más de los aburridos días de siempre, en un estado emocional intolerable, con una angustia que produce malestar físico y náusea; creo que solamente me había pasado una vez anteriormente, aunque no de modo tan feroz, en circunstancias semejantes a la de hoy, y con la misma muchacha; pero no habíamos terminado en aquella ocasión, estábamos un poco disgustados, no era algo serio, se resolvió como era natural con una conversación serena; recuerdo sin embargo haber despertado en un estado similar al de hoy, haber salido cerca de la media noche a buscarla, y al encontrarla y verla sonreír, haber sentido lo que supongo siente un náufrago al ver tierra. Aunque es un recuerdo de una vivencia angustiante me hace bien, porque me sugiere que lo de hoy puede resolverse en el mismo sentido y además que estoy exagerando con el dramatismo del suceso, lógicamente por efectos del trago.

Pongo un disco de música caucásica, contiene melodías de Kachaturian, Ippolítov Ivánov, y otros que no conozco, las piezas más vitales me infunden algo de valor, lentamente el miedo se va disipando, creo que después de un par de horas con esta música podré retornar a la casi normalidad, a la frialdad y el tedio que me caracterizan, y que en este momento me parecen más tolerables que la angustia que intento combatir.

Me parece que hubiesen pasado cuatro o cinco horas, pero son solamente las 6:00 a.m.; no soporto más la espera, esto es inaguantable, voy a ponerme presentable para luego ir a buscar, casi termina de amanecer, si a esta hora se presentan los panaderos a ofrecer su pan, puedo tocar la puerta de una casa sin producir alarma o incomodidad. Cojo el teléfono, pero por más cuidado que pongo, en los diez intentos que hago para llamar me contesta una vocecita dulce que me dice que el número no existe; iré a su casa. Combatir el mal aliento es vital, luego del cepillo y la pasta dental un buen trago de agua helada

y un halls. No hay halls; ¿qué no hay nada en esta casa?; ¿se comieron todo los borrachos?; ¿quién puso periódico en las ventanas?; ¿dónde están las cortinas?; ¿despintaron la refrigeradora?; por la jijuna que esta es la borrachera con más desmanes que he visto en mi vida, ¡la casa está hecho una mierda!; ¡¡¿dónde carajo está la gente?!!; ¡¡¿alguien puede explicarme qué pasa aquí?!!.

Escucho un ruido en la sala, debe ser alguien que durmió ahí, voy a ver rápidamente, veo una persona mayor despertándose, es un tipo de unos cincuenta años, me saluda: hola tío, ¿dónde vas tan temprano?, no me digas que tienes un asunto de faldas. Se ríe como si fuera muy gracioso lo que dice. Me extraña que este sujeto me hable con tanta familiaridad, ¿quién es?, no lo recuerdo, y sin embargo me parece tan familiar; lo veo extrañarse de no ser reconocido. ¿Qué pasa?, me pregunta ahora con un aire insolente sumamente incómodo para mí, y que sin embargo no deja de ser familiar. Hago un esfuerzo extremo por recordar, miro sus facciones, intento asociarlas a alguien que conozco, son los rasgos de mi familia, por la edad podría ser un tío, pero no tengo ya tíos, quizás un primo, pero no, no lo recuerdo, mi hermano mayor tiene treinta y nueve años, este tipo ¿quién es?; ¡¡¿quién carajo es este sujeto?!!; me parece no haber pronunciado nada pero este tipo parece leer el pensamiento, se dispone a contestarme, adivino que va a hablar de su identidad, su gesto lo dice todo, se levanta lentamente, sin despegar de mí sus ojos de asombro, como si el intruso fuera yo; ¡soy Gerardo! grita, y por fin lo recuerdo todo, de golpe veo todo como es; la realidad cruda se abre paso en mi memoria, la realidad que me dio una tregua de unas cuantas horas, la realidad que espanta con solo estar presente, la realidad a la que nunca se le debe erigir monumentos, y que sin embargo es la reina, y la diosa, y casi siempre todo lo que tenemos, excepto para los que aún tienen sueños. Este tipo es mi sobrino, mi tercer sobrino, vive cerca de esta casa en la que yo vivo solo hace cuarentidos años, es mi pariente vivo más cercano; ahora

Leonel Fuentes Avila

entiendo todo, y no sé que es mejor, si desconocer los hechos y sufrir la angustia de las últimas horas, desubicado en el tiempo, o regresar a esta estúpida existencia: solo, sin afectos, sin emociones, sin pasiones, sin vicios, y con 78 años encima; mal vividos por cierto.

Setiembre, 2002

Miss San Marcos

I

Acercamiento

Esa mirada es demasiado insolente como para ignorarla o someterse a ella, la sostengo mientras me es posible, luego tengo que fingir ignorarla; no es una mirada libidinosa o agresiva, encierra algo de deleite en la contemplación; me halaga, aunque venga de un tipo de tan mala presencia. Lo he visto varias veces en la universidad, acostumbra reírse fuerte, aparentemente tomar mucho, y cargar pizarras con sus amigos; todos ellos metidos en política; él también por supuesto. Esta es la quinta ocasión en que me cruzo con él, y siempre se queda mirándome con una intensidad que nunca antes sentí; una vez, antes de este extraño hábito de mirarme se me acercó en el paradero de la avenida universitaria; sin más presentación que un hola me dijo -¿sabes que tienes una carita de sueño?- ; no le di mucha importancia, le respondí algo que ya no recuerdo y me subí al micro; tampoco fui descortés, pero me extrañó su observación, luego me puse a pensar –vanidad femenina- si me decía lo de “carita de sueño” porque me veía somnolente o porque mi rostro era el de sus sueños, o quería soñar con un rostro así, o algo relativo a lo onírico.

Algo pone en mi camino a esta mujer, no es –definitivamente– una belleza, pero tiene una sensualidad poco común, no sé si se ha percatado de que al cruzarme con ella siempre me quedo mirándola a los ojos; lo hago por tres razones, primero porque quiero comunicarle que me gusta y que existo, llamar su atención; segundo porque me encanta tomar la iniciativa, mostrarme agresivo; y la tercera, quizás la más importante, porque esta mujer me fascina, especialmente sus ojos. No pierdo nada si le hablo, con solo mirarla no conseguiré nada, si le hablo quizás tampoco, pero puede que sí. Me acerco lenta pero decididamente: -hola, ¿sabías que tienes una carita de sueño?- ni sonrisa ni cachetada en respuesta, me dice: -es que ayer me quedé estudiando hasta tarde. Quedo perplejo medio segundo ante esta respuesta, que es tiempo suficiente para que suba apresurada a la “José Leal Cocharcas” haciéndome un displicente gesto de despedida con la mano derecha mientras se aleja sin mirarme y diciendo casi solamente para sí: -ahí viene mi carro.

Después de varios meses, cuando había olvidado por completo este suceso, ocurre esto de sus miradas sobre mí, no dice nada, no intenta acercarse, no sonrío, no hace gestos obscenos, solamente me mira, y aunque me incomoda, debo repetir que me hace sentir halagada.

*Vestido blanco con motitas azules, peinado con cola, pero para arriba, no para atrás, ojos fascinantes de color indescifrable, no puedo hacer otra cosa que lo que usualmente hago: mirarla a los ojos; ella sostiene mi mirada, como intentando desafiarme, pero yo soy experto en esto, no lo logra; está acompañada y yo también, la experiencia me ha enseñado que jamás, **JAMÁS**, se debe abordar a una mujer desconocida o poco conocida si existe un espectador; y cualquier persona que me acompañe, o a ella, es un espectador. La explicación es sencilla: cuando hay*

espectadores la gente actúa; cuando la gente actúa es falsa, quiere desempeñar su papel, de héroe, de villano, de mujer fatal, de mujer difícil, de mojitata, de niña de su casa, o de lo que sea, pero siempre es un papel que representa. Cuando somos solamente dos, quizás seguimos siendo actores, pero ya no hay público, ya no existe la necesidad de quedar bien ante terceros, ahora solamente somos los actores, convertidos simultáneamente en nuestro propio público. Además de esta razón, no me acerco a abordarla porque hoy no me afeité, tengo el pelo largo, lo que me da aspecto lumpenesco, un jean descolorido y un polo poco presentable, posiblemente con algunos huecos; para colmo, tuve que ponerme unas zapatillas viejas, me quedan tan mal, que mis borceguíes sin amarrar serían un accesorio elegantísimo al lado de éstas. No importa, otra vez será, hay tiempo.

Segundo día consecutivo que la encuentro, yo con la misma ropa y peor apariencia, es verano, hace calor, la actividad me hace sudar. Ella, fresca, pulcra, impecable, con una falda blanca, una blusa naranja y unos ojos no sé de qué color, que en conjunto iluminan toda la ciudad universitaria y convierten un día vulgar de verano en un día radiante. Ni modo de acercarme; está sola, yo también; oportunidad perdida; me disgusta profundamente haber sido tan poco previsor y no haberme cortado el pelo por lo menos. Merezco la horca.

¡Es el colmo!; quince días viniendo bañadito, con camisa o con polos ligeros, de color fresco, limpios, sin hueco, con zapatos negros de cuero, afeitado y con pelo corto; pasando y repasando varias veces por su facultad, y ella no aparece; cuando tiro la toalla y creo que no la volveré a ver hasta abril, la encuentro, radiante como siempre, fresca, como siempre, la miro, me mira,

como siempre, quedo extasiado, como siempre ,estoy hecho una mugre, como siempre. Me indigno conmigo mismo y con el azar puto; me voy a beber con la gente, me pego una borrachera de padre y señor mío.

Es otro día, y aunque tuve el propósito de venir a la universidad un poco más presentable, ni las fuerzas ni la voluntad me alcanzaron para tanto; sería el colmo que el azar me haga una jugada tan sucia como para cruzarme nuevamente hoy con ella; el azar puede ser puto, pero no creo que sea tan sádico.

Me equivoqué.

Hoy se dio un giro en el ritmo de los sucesos; para variar me encontré con el sujeto mirón, parece que me esperara en los lugares por donde voy a pasar, lo vi ayer, hoy nuevamente; pero hoy no estaba solo ni caminando, estaba sentado, en compañía de un grupo de gente, algunos de ellos conocidos míos, una amiga me llama al grupo, y como quien cumple una simple forma social me presenta al mirón; no atendí su nombre, me incomoda un poco, porque mientras yo converso con mi amiga él me mira de un modo tan insistente que llega a ser una mirada indiscreta, aunque esté fija en mi rostro. Me despido sin beso, exceptuando a mi amiga, aunque a ella tampoco debería besarla, fingió una presentación y un encuentro casual, pese a que me di cuenta de que hablaban de mí cuando me acercaba, también me pareció percibir que el mirón se ponía nervioso ante mí; francamente hay gente chiflada en todas partes.

Es noche de verbena, casi tengo la certeza de que el mirón se me va a acercar esta noche; sinceramente el tipo no me atrae para nada, tiene una apariencia excesivamente descuidada, usa botas militares que no amarra, los pasadores siempre están sueltos, siempre un jean desteñido y sucio y un polo roto o a punto de romperse; resignación,

este no es mi príncipe azul, puede ser un tipo curioso pero nada más. Me divierto con un grupo de amigos de mi facultad; mientras conversamos escucho mi nombre por los altoparlantes, un tal Lorenzo me envía saludos, nos miramos extrañados, ¿quién es Lorenzo?, intentamos recordar; en Ciencias Sociales no existe, o por lo menos no conocemos a ningún Lorenzo; un barullo y carcajadas no muy lejanas llaman mi atención, observo con disimulo y veo al mirón, en un grupo bullanguero, siendo incomodado por sus amigos; caigo en la cuenta: el mirón es Lorenzo. Son muy perspicaces en mi grupo o algo en mí les indicó el hecho, no lo sé, pero de inmediato todo el mundo se da cuenta del origen de los saludos, que se repiten insistentemente, superando largamente la decena de veces; sin embargo, contra mis pronósticos, el mirón no se acercó.

Este tipo es el colmo de la insistencia; no han transcurrido ni cuatro días desde la noche de verbena, estoy caminando tranquilamente con mi amiga Flor y se nos acerca, sin conversación previa, solamente con un saludo más o menos frío, me invita a tomar algo. Le digo que en este momento no puedo, felizmente no insiste, me dice que espera pueda ser en otra ocasión, se retira risueño, como si hubiese obtenido un sí. Sigue con la apariencia de siempre, ¿nadie le dice que debe cambiarse de ropa si quiere conquistar a alguien?; por lo menos puedo decir en su beneficio que es bastante cortés, excepto en la mirada, que es la más incisiva que he visto últimamente.

¡Otra vez!; estoy de salida, en el paradero de la avenida universitaria, él cruza, va a entrar a la universidad, es muy tarde, no lo vi a tiempo, ya no puedo evitar el encuentro, finjo no verlo, a ver si se desanima y no me habla. Fallé; se acerca, por sobre mi hombro dice: -hola-, ahora finjo sorpresa, le contesto el hola un poco menos cordialmente, estamos solos, la gente alrededor ni siquiera nos mira; por vez primera lo veo sonreír, parece una sonrisa franca, este no está fingiendo nada, de

verdad le da gusto verme, interrumpe mis cavilaciones al decirme: - sería bueno aclarar que el día de la verbena yo no te envié saludo alguno- , me hace gracia su frescura, lo dice de un modo tan natural como si hablara de un tema académico, me arranca una sonrisa; pasa a la ofensiva, me pide mi teléfono, le digo que no tengo, se ríe, pregunta: -¿no tienes o no me lo quieres dar?-, vuelve a arrancarme una sonrisa; es insistente pero no grosero, me dice: -si me das tu número te llamaré solamente a horas prudentes, para coordinar esa salida en la que habíamos quedado. Que tal manera de torcer los sucesos, no habíamos quedado en nada; él me dijo el día que me abordó mientras conversaba con Flor: -entonces puede ser otro día- , y yo le contesté: -puede ser- , ¿esto es un compromiso para él?. Viene mi micro, debo irme, no sé que contestar, le digo mi número a la volada, casi dándole la espalda mientras me alejo, con la esperanza de que no lo retenga; miro desde la ventanilla del bus, de reojo, y lo veo tomando nota en una libreta; no hay solución, me arrancó el teléfono. Lorenzo sabe jugar sus cartas.

Lo dije antes; el azar puede ser puto pero no sádico; logré que me diera su teléfono, por vez primera la encontré sola estando solo, recién bañado, afeitado y cambiado. ¿Dije ya que me encanta esta mujer?.

Han pasado varias semanas desde la última llamada de Lorenzo, nunca conversamos mucho, en las tres llamadas su motivo central fue invitarme a salir; en una de ellas me sorprendió poniendo al teléfono una grabación de música clásica en violín; dice que es algo de Paganini, y que cuando lo escucha me ve; lo dijo así, no que piensa en mí o me recuerda, dijo: -cuando escucho esta pieza te veo, siempre me sugiere tu presencia- , va ganando puntos, es agradable saber que alguien con gusto refinado se fija en una.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

